



Lo he ido hasta hoy de este autor nos inclinaba a clasificarlo en cierto grupo típico de escritores: los que deben su fama, por mitades, al hecho de tener gran número de amigos, y después a la calidad de sus escritos. Tal calidad, en este caso, no se elevaba más allá de lo mediano: un buen escritor cuyo mayor mérito podía ser el de no caer en cursilerías sentimentales o sociales. Cosa, en cambio, en algo grave: cierta vulgaridad. No sólo por una proclividad regostante —ah, chilenísimos!— a estampar obscenidades, sino especialmente por la imagen, de raíz más sospechosa que la de aquellas, vulgar porque sí, con la presunción de que representara una idiosincrasia nacional. Pero hay que entenderse. Todo gran artista ha escrito largo y hondo sobre cosas, hechos, gentes vulgares sin serlo él jamás como escritor. Es el detalle tajante que divide a los literatos. Añadamos este con un ejemplo. Existe entre nosotros un cuentista que expresa hasta la guta de no importa qué cosa vulgar y hace una pequeña obra maestra: Jorge Edwards.

En resumen: Fernando Alegria no representaba, para nuestro personal mundo literario, el valor que tantos le asignaban.

Para colmo de tropiezo, ahí mismo en "mejores cuentos" y lamentablemente topamos, primero, con un prólogo en el que el prólogo, como tal prólogo, se sale de madre y dejando de serio, con gran alboroto pasa a constituirse en un himno del Sr. Alegria; y segundo con un relato iniciado en el que la perniciosa de la manera "al día" es tan evidente que linda en lo ingenuo. Sobre ella, en el tercer acápite de la página primera dice: "Pero a la romería no fui por estos motivos, sino por otros". Resulta que quería decir en realidad "que fui", a sea, que debió decir, según muestra entender: "Pero a la romería fui, no por estos motivos sino por otros". Bueno, sin duda, algo se confabulaba para nuestro desencuentro con este autor.

Del aludido primer cuento y su modernidad inconvincente, pasamos a otro de tipo muy críptico, "A Veces Polacha con su Sombra", en el que hallamos, distribuidos, los defectos que al comienzo citamos. Pero seguimos leyendo por el puro

"mal" hábito de leer lo que hemos de criticar.

Llegamos entonces a la página 181, donde aparece el cuento titulado "El Poeta que se volvió Guano", y en el cual este escritor parece dar ante nuestra vista misma un giro de 180 grados. Si se haído o no, como dice el señor Calderón, en caso real del escritor Langston Hughes, es secundario y aún sobre. El autor creó un relato de categoría legítima. Densidad en la frase y en la sucesión de éstas "levantando" el relato; algo que pesa en el transcurso de él y que constituye, diríamos, el corazón de un cuento. Largo, ese corazón de que se produce por sí mismo, no por fuerza y excitado por el autor a ojos vistas, como suele ocurrir, creciendo en su impulso alcanza la mente y el alma del que lee; y, en fin, una sutil y elástica ironía por debajo de la broma o intención que en sí puede representar el cuento, ironía que caía cual podrá usar para su acomodo, pero que seguirá incólume en sus múltiples sentidos.

Siguió a este cuento el titulado "Un Anillo para Tres". Como epígrafe un bello verso del poeta José Gorostiza. Cuenta de extralío afinamiento en el que el tema, "este enlace diabólico, que encadena el amor a su pecado", parece manifestarse sólo por una especie de efectos reflejos. Será la vieja sirvienta que, vistiéndola y tuteándola, nos dice que la joven, soltera, va a una boda. Será un "olor de uva madura" que hará retroceder la memoria y en ésta aparecerá el primer cuadro con el primer y apenas audible informe: la homosexualidad. Y así, un poco desplazándose en la imaterialidad de un clima de relaciones fugazmente trazadas, inclusive la sugestión irreducible a la belleza física, el amor

anímalo toma venganza precisamente en ésta. Por último, hasta puede dudarse: ¿a quién atañían en realidad los celos?

Desde la imponderabilidad del tratamiento literario de ese cuento, abordaremos el muy material y concreto de "Ángel Caído" y no por ello más ajeno al universo de las emociones. El "Ángel" es meramente un perro, un hermoso "boxer café de patas finas y esbeltas rebosante de empuje en su apretado pecho (...) lleno de esa agresividad jactanciosa del cachorro que conoce el poder de su atracción". Lo estamos viendo ese boxer con su característico desplazar las elegantes patas (uso se pregunta cuando los mira, por qué el Altísimo no dio a esos perros y esos jares otra cara...) El hombre, vale decir el marido, lo ha criado como "la encarnación del machismo cultivado por él con religiosidad". El can respondía y todos, aun los niños: "se le apartaban desconfiados". Y bien, hasta aquí el perro. Paralela va la relación del hombre, difícil, "inconveniente", con su mujer. Las maneras lejanas y sensuales de ésta lo intranquilizan, le hacen pensar en una palabra leonada: superior. Es decir, lo que suele ocurrir curiosamente: lo molesta y lo atrae. Tienen dos hijos y los cuatro toman el sol en las arenas de un balneario. El boxer retosa y cuando se acercan los perros vagos que husmean alimentos en las playas, el marido, un poquito ridículo, los espanta con un remo para proteger su boxer de la plebe. Mas, he aquí que el tal se ha quedado en compañía de un solo perro advenedizo. Y empieza el juego, que todos cuatro observan hipnotizados, entre ambos canes, aquel de que hace tanto caudal André Gide en el "Cydon". Esta escena, increíblemente corta, contiene una verdadera cornucopia de reacciones, sensaciones, miradas, instintos, deseos, movimientos, rechazos, vergüenzas y cuando los dioses pusieron en el alma a modo hacer de los humanos...

Finaliza el volumen el relato "A la Una, a los Dos, a los Tres y a la Cuatro", el cual es también un excelente cuento que se destina con limpieza sobre un escabroso asunto, a través de una mujer "candorosa", que está coqueteando: "Y entonces, sin transición, supe el verdadero motivo de la visita que haría a sus mujeres. Iba por curiosidad perversa, iba a mirar en su fecho de amante herido (...) iba, yo también, a pecar con él, a buscarle en su madriguera de animal seductor, sucio de besos, desentrenado", desentreno que termina en la tragedia feroz del hombre.

Pero antes se habrá leído "La Familia", breve y extraordinario trazo literario. Aquí también la pareja, ese eterno quid pro quo de la relación humana, ha creado entre sí la tierra de nadie que ya no han de superar. Mas brutalmente y súbita sobreviene la desventura en un accidente mortal del hijo. Hallamos aquí, en este terrible cuento, sirviendo al autor aquella cualidad de que hablamos al comienzo y que aplicaba a esas narraciones que, a nuestro juicio, no logran levantar el vuelo del sacro suelo patrio: la de erizar el sentimentalismo blanduco, esa oportunidad gratuita que tanto tiende a los crímenes. Preciso Alegria logra transmitirnos en el "cuadro" de este relato que parece pintado de un solo, profundo y rudo trazo, una desesperación que llega al climax sin perder el peso a contrapeso de las cosas comunes que rodean toda angustia, ni el de las palabras literariamente bien trabadas al enriquecer su sentido en el hecho mismo de neutralizarse unas a otras. La desesperación de ambos cónyuges, en su distanciamiento, parece a ratos un objeto sonriente y candente que los desampara y los socorra por igual. Ciertas frases de rasgos casi duros nos acercan la mujer en la timidez de la locura, a flor de página, y no menos el hombre embutecido por un sufrimiento que lo sobrepasa. Ella, "de pie, afirmándose en su silla. El sudor le corría por la frente y el cuello (...) Se le había abierto el cierre de la falda y por el agujero se alcanzaba a ver la camisa de nylon". "Entre ellos, entre el hombre y la mujer, la desesperación era como una reja de afilados hierros. Cada uno en su lado: los dos animales amargos, delirantes, aguardaban alimentando su propia locura". El hombre pensó en escapar sin ser visto. Hubiera podido levantarse y, pegándose a las paredes, salir por el corredor hasta el zaguán y continuar luego hacia la calle". Es decir, esa tendencia típica, y quizás legítima, de todo macho a huir del dolor. Sin embargo, no puede moverse. La mujer, evocando el rostro del niño con las entra-

ñas, "se quedó fleta, sin respirar. Miró a su alrededor (...) Se agitó en el rincón como una bestia enferma y se clavó las uñas en las palmas de las manos. Las lágrimas siguieron motilodándose por las comisuras de los labios". En la espera atónita que los toca conocer a algunos seres en la vida. El lenguaje del autor que se diría "pasado", ofrece las imágenes con cierta acedia violenta, de mucha eficacia en tal relato. Percibe uno el dolor animal agudizado por el don del pensamiento humano. Y es en las raíces de este don que nace la idea entre sublime e infinitamente estúpida en la madre: concebir de nuevo, y en el acto, y restrapar el alma del hijo que ha muerto.

Excepcional relato entre los relatos.

Hemos releído lo escrito. Meditamos con cierta perplejidad en el papel que juega en la trama crítica el azar de las lecturas, en los altibajos terribles de algunos escritores y en el escaso rigor de los antologías que llega a hacer perder a la antología su finalidad, verbi gratia, el no observado en el presente caso. Parecería que en el deseo de hacer aparecer a un autor bajo el aspecto de una rica variedad de producción, se le daña en su genuina calidad artística. Y por último, el mismo autor (no debería quizá apretar su propia tumba? Vale la pena ¡y cuánto!

M. C. G.

(1) "Los Mejores Cuentos de Fernando Alegria". Edita, edit. El Zog, Santiago 1968.

Fernando Alegría [artículo] M.C.G

Libros y documentos

AUTORÍA

M. C. G.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fernando Alegría [artículo] M.C.G

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile